

S. S. Pio XI

Los papas son hombres universales y de unidad estricta, rígida. Gobiernan un reino sin fronteras pero con súbditos en todos los lugares; enseñan una doctrina destinada a toda criatura; juzgan de acciones y entidades sin categorías de temporalidad y espacialidad; de miras las más levantadas, obran entre los hombres por las almas, en Dios y para Dios. Pío XI fue universal entre todos.

Para formarse idea de él es menester interrogar a todos y a todo, en su fondo y en su superficie; necesitase dar la vuelta al mundo yendo hasta los desiertos y las selvas; es necesario preguntar a la filosofía y a la teología por sus enseñanzas, consejos y órdenes; las pone en guardia contra el materialismo, contra el nazismo, contra las doctrinas anticristianas y totalitarias. Es menester consultarlo todo: libros de derecho y sociología, y los campos de batalla que escucharon su voz de paz, los palacios de los reyes por sus concordatos, los pueblos por sus congresos eucarísticos y hasta los seminarios y cláustros en que se forman los sacerdotes que él desea santamente modernos.

Cuando hablaba o escribía pensaba en las personas y en las cosas; pensaba en la Iglesia, en Dios. No anduvo tras el bullicio de las frivolidades, precisamente porque éstas son particulares, exteriores, hechiceras, de superficie, un poco cismáticas. Preocupábase exclusivamente de la verdad, de la justicia, de la caridad, únicas armas de su reino que está en este mundo, pero no es de este mundo ni es para el tiempo. Defensor firme e íntegro de los sagrados derechos, hizo de su palabra una antorcha y de sus cartas una luz que ilumina las sendas, disipa las tinieblas y atrae a la humanidad hacia Cristo.

Pastor de pastores y padre común de los fieles, durante 17 años cumplidos, a todo le dió esplendor de grandeza, de santi-

dad y de orden. El mismo fue un alma grande por la entereza de su fe, profética por la visión del futuro, apologética por el lenguaje. Da a sus encíclicas sabor apostólico, unción patristica, fuerza de convicción que obliga a confesar que es brillante, espléndida, vigorosa la fe, la doctrina y la moral del cristianismo al par que los cristianos deben ser el *genus electum*, el *regale sacerdotium*, el *gens sancta*, el pueblo de Dios.

De liberalidad tan evidente que hasta los que lo miran, y no penetran en el santuario de su alma, admiran, aun a pesar suyo, su vida exterior, sin conocer el principio de que dimana ni el hogar en que aquel fuego se enciende. Con entusiasmo le vieron las apretadas multitudes que en peregrinación acudían al Vaticano; complacidos escucharon los fieles el llamamiento al apostolado seglar porque así se veían más vinculados al sacerdocio, a los obispos y al jerarca supremo, y más unificados en creencias, aspiraciones y afectos.

Pio XI entró en la vida papal como se entra en un campo escabroso, en un templo, es decir, con espíritu celador, con devoción y recogimiento. Dirigíase a un lado y a otro para defender sus ovejas, porque de todas partes venían los lobos. Mira, examina, busca, sondea, exhorta, anima, consuela y aconseja. Vela siempre y no descansa. La noche y el día le sorprenden en el trabajo; la enfermedad y la muerte lo arrebatan del campo de lucha para que descansa en la morada de paz. Fue un perpetuo don de sí mismo por la diplomacia, por la política, por el sacerdocio, por el sacrificio, por la limosna, por la palabra. ¡Cuantos le escucharon llevaron una enseñanza y un ejemplo!

Como vencedor llevaba el siglo; atendió a las cosas exteriores pero no se olvidó de sí mismo; amó la realidad y detestó las vanidades; a su muerte se halló en la boca de creyentes e incrédulos, grandes y pequeños, sabios e ignorantes.

A tanta grandeza, la Universidad y la Revista rinden el homenaje del silencio.